

II. ¿Tiene Dios una voluntad particular para cada uno?

Hablar de discernimiento [como lo hacemos frecuentemente hoy] nos pone ante el tema problemático de la voluntad de Dios. ¿Cuál es nuestra actitud ante lo que se nos presenta como tal? Hay días en que nos gustaría poder referirnos a un designio particular de Dios que fuera nuestra vocación. ¡Qué reconfortante sería en las horas de duda y dificultad! ¡Saber que encajamos en un proyecto divino armado desde toda la eternidad, en el que cada elemento de nuestra vida, feliz o lamentable, hallara cabida y sentido!

Pero al mismo tiempo, algo en nosotros se pone a protestar: ¿será así? ¿nos pondrá Dios ante un programa por cumplir, un programa fijado sin nosotros, sin siquiera darnos medios seguros para conocerlo? Porque, ¿cómo pesaría sobre nuestras libertades ese querer divino! ¡Qué angustia también cuando nos tocara elegir! Cualquier error o retraso sería dramático. Pasar de largo o colocarnos, aun involuntariamente, fuera del proyecto de Dios, sería perderlo todo o estropearlo todo. ¡Y sería tan fácil que pasara! puesto que “los caminos de Dios no son nuestros caminos” y experimentamos cada día cuán difícil es, y a veces azaroso, querer discernir lo que llamamos voluntad de Dios. Si suponemos, pues, que Dios nos puso en una encrucijada, ante varios caminos de los que uno solo es el bueno, y sin los medios de reconocerlo con certeza, estamos ante el rostro de un “Dios perverso” y su proceder no expresa en absoluto la actitud del Dios de la Alianza que vino a salvar lo que estaba perdido.

Pero, por otro lado, sabemos que nuestro Dios nos llama por nuestro nombre y que nuestro encuentro con él se da por un camino que es particular de cada uno. Desde Abrahán hasta Pedro abundan, en la historia de la salvación, los ejemplos de hombres llamados a una vida nueva para una misión determinada, a menudo simbolizada por un cambio de nombre: ta llamarán en adelante Abraham en vez de Abram, Israel en vez de Jacob, Pedro en vez de Simón. La misión de Moisés, la de Jeremías o la de Pablo tienen toda la apariencia de ser una voluntad particular de Dios; hasta el punto de imprimir en sus vidas un sello tan singular que los lleva a una verdadera soledad. Esos son destinos excepcionales, pero son también ejemplos de lo que estamos todos llamados a vivir.

Una pregunta mal planteada

¿Qué sacerdote, qué educador, teniendo que ayudar a jóvenes a elegir una orientación para su vida, no se ha encontrado alguna vez con muchachos o chicas que le dicen con esperanza y angustia: “Tengo que hacer una elección, quiero vivir la voluntad de Dios y no quisiera equivocarme porque sería grave. Pero no sé lo que Dios espera de mí. Entonces vengo a verlo para que usted me dé los medios de saberlo con certeza”? Responder a una pregunta planteada en esos términos es imposible; pretender hacerlo sería por lo menos presuntuoso. ¿Quién puede toparse así cara a cara con la voluntad de Dios? El discernimiento, por importante que sea, no nos entrega, prefabricado, ningún proyecto de Dios sobre nosotros. Nos dispone a reconocer en nuestros deseos y anhelos los que tienen visos de venir del Espíritu de Cristo y ¡no es lo mismo!

La única respuesta que le podamos dar a la pregunta recién aludida, es decir a ese joven o esa niña: “La voluntad de Dios no es primero que elijas esto o aquello; es que te vayas conociendo a ti mismo/a, mediante una reflexión leal, liberada de egoísmo y de miedo; que descubras la manera

más fecunda, la más feliz, de realizar tu vida. Tomando en cuenta lo que eres, tu pasado, tu historia, tus encuentros, el conocimiento que puedas tener de las necesidades de la Iglesia y del mundo, ¿qué respuesta personal puedes dar a los llamados que percibes en el evangelio? Lo que Dios espera de ti no es que elijas tal o cual camino que él habría previsto para ti desde toda la eternidad, sino que inventes hoy tu respuesta a su presencia y a su llamado.” No se trata, pues, de hacer cumplir un programa preestablecido, sino de suscitar una fidelidad. La experiencia muestra que ese cambio de perspectiva es bastante radical y toma a menudo bastante tiempo para llegar a ser real.

Una profunda conversión

Nos cuesta deshacernos de una imagen de Dios más o menos heredada del deísmo que tanto ha influido en la cultura occidental. Un Dios todopoderoso, que lo ve todo, lo sabe todo, ante quien la historia humana se desarrolla como un espectáculo sin sorpresas; un Dios que espera de nosotros que ocupemos los puestos de comparsas que El nos destinó desde toda la eternidad. Nadie va a decir eso tan brutalmente, pero no hace falta raspar mucho para reencontrar ese rostro de Dios por debajo de ciertos modos nuestros de concebir la voluntad de Dios o su providencia...

Existe por cierto un designio de Dios para la humanidad: las cartas de san Pablo, el prólogo del Evangelio de Juan intentaron describirlo: “Nos eligió en Cristo, desde antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados en su presencia, en el amor; determinando de antemano que seríamos para él hijos adoptivos por Jesucristo” (Ef. 1,4-5); “a cuantos lo recibieron les dio poder de llegar a ser hijos de Dios” (Jn 1,12). Ese designio de Dios no es el capricho de una voluntad divina soberana, es un designio de salvación que expresa el ser último de Dios: el amor dándose y comunicándose. Es la expresión de la comunión íntima del Padre, del Hijo y del Espíritu, una comunión que se abre a lo otro para acogerlo en su amor. Ese designio de alianza abarca toda la historia y toda la humanidad, pero por ser voluntad de alianza, deseo de comunión, sólo puede dirigirse a personas libres. Hay pues ciertamente un deseo de Dios que nos alcanza a cada uno personalmente. Y si Dios se manifiesta por su Palabra es para ser oído por cada uno de nosotros. Si nos llama a ser hijos en el Hijo único, es porque espera de nosotros una respuesta personal. La revelación de su amor puede suscitarla en nosotros, pero nos corresponde darla sin que jamás nos sea dictada. En otras palabras, podríamos también decir que, al crearnos a imagen suya, Dios nos llama a cada uno a dar a esa imagen una semejanza particular. Tal como Jesús dio a la imagen del Padre un rostro humano particular, a su palabra un acento único, cada uno de nosotros es llamado a reflejar en su vida y a su modo la santidad del Padre.

El Dios ante quien vivimos no es, pues, un computador superpotente, capaz de programar y conservar en su memoria miles de millones de destinos individuales y al que tendríamos que consultar con temor y temblor acerca de nuestro porvenir. Su amor le hizo tomar el riesgo de llamarnos a la vida, todos semejantes y distintos, para ofrecernos alianza y comunión. Es a ese Dios a quien hemos de convertirnos si queremos ponernos en verdad ante la voluntad de Dios. La conoceremos entonces, no como un decreto tajante o una fatalidad, sino como el llamado a una creación común.

Llamados a una creación

La respuesta que le vamos a dar a Dios no está escrita en ninguna parte, ni en el Libro de la Vida ni tampoco en el corazón de Dios, a no ser como una espera, una esperanza. La esperanza de

lo que Dios aun no ve porque vamos a darle forma y figura nosotros. La grandeza y el riesgo de nuestras vidas consisten en el llamado a despertar el gozo de Dios por la calidad y generosidad de nuestra respuesta. Verdad que las elecciones que hacemos no son creaciones a partir de la nada. Las preparamos con los materiales que son nuestros condicionamientos humanos, es decir, nuestro temperamento y nuestra historia. No somos omnipotentes. Pero podemos dar sentido y figura a lo que, de otro modo, sería un simple destino. En ese esfuerzo de creación personal en respuesta al llamado de Dios, el Espíritu viene a nosotros, no como una fuerza impuesta desde fuera, sino como una energía interna suscitada por nuestra acogida de la palabra de Dios y nuestra participación en la vida de la Iglesia.

El evangelio no nos dictará la elección, pero abrirá horizontes a nuestro deseo: “Antes se les dijo..., pero yo les digo:... busquen primero el Reino de Dios y su justicia” (Mt. 5,26; 6,33). “Donde yo esté, quiero que estén ustedes también... La voluntad de mi Padre es que den fruto y un fruto que permanezca” (Jn 14,3; 15,16). No nos va a decir el evangelio lo que tenemos que hacer, pero nos llamará a la perfección de la caridad en todo: “Sean ustedes perfectos como su Padre celestial es perfecto... Amense como yo los he amado... El que no perdona a su hermano de todo corazón...” (Mt. 5,48; Jn 15,12; Mt. 18,35).

También la Iglesia podrá llamarnos: a un ministerio, a la vida consagrada, a una u otra forma de servicio; pero, cualesquiera sean sus necesidades, no lanzará nunca a nadie a un tipo particular de vida sin asegurarse de su libre consentimiento. Para ayudarnos a responder, nos relaciona con una muchedumbre inmensa de testigos que ella nos enseña a reconocer como hermanos. Sus vidas, sus elecciones están ahí, ante nosotros, como otras tantas vocaciones, no para que las imitemos sino para que las sigamos. Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresa de Avila son únicos e inimitables, pero sus vidas son para nosotros invitación a que inventemos ahora la respuesta que glorificará a Dios. Y si hacemos el esfuerzo de redescubrir lo que ellos vivieron, veremos que no hay nada menos programado y previsible que sus vidas. Buscaron la voluntad de Dios con todo el corazón, tuvieron una vivísima conciencia de que el amor de Dios se les había adelantado, y no se cansaban de reconocerlo con acción de gracias. En sus elecciones, tantearon, dudaron a veces, pero finalmente confiaron en el Espíritu que los guiaba hacia el Reino. Los más variados acontecimientos fueron gracias a sus ojos, y glorificaron a Dios en la prueba como en el éxito. La continuidad y la coherencia que admiramos en sus vidas, muchas veces se revelaron sólo después, una vez que se pudo abarcar de una sola mirada el camino que habían recorrido a tientas. Pensemos, por ejemplo, en las elecciones sucesivas que marcaron el itinerario espiritual de Carlos de Foucauld. Mucho más que una programación rigurosa, lo que caracteriza la vida de los santos, es la calidad de su reacción espiritual a los más variados acontecimientos, aun los más inesperados.

No siempre se entendió bien la frase de Pascal: “Los acontecimientos son maestros que nos da Dios, para ayudarnos a servirle.” No le hagamos decir más de lo que quiere decir. Los acontecimientos no son un marco en el que Dios nos encierra; no son ellos los que hacen a los santos. No son más que los materiales puestos a nuestra disposición para construir nuestra respuesta. Esta llevará la impronta del material utilizado pero, más aún, la del arquitecto responsable que somos. No se puede hacer cualquier cosa con cualquier material, pero se puede siempre hacer de una vida una obra bella. El amor puede hacer brotar la santidad en los peores contextos humanos: el testimonio de los que han consagrado su vida a los marginados, a los desafortunados, a los excluidos, nos lo recuerda una y otra vez.

Nos preguntamos si se puede hablar de una voluntad divina particular para cada uno de nosotros. Al introducirnos en la comunión de los santos, la Iglesia nos recuerda que sería más exacto hablar de respuesta personal al deseo de Dios.

Para el diálogo de dos libertades

El amor de Dios es primero; nunca terminamos de tomar conciencia de ello y dar gracias por ello. Pero, como nos lo recuerda san Pablo, ese amor “se anonadó” (Fil. 2,7) ante nuestra propia libertad, habiendo tomado desde siempre para nosotros la figura del servidor. Es decir, que al llamarnos a la comunión con El, Dios no pretende sino consagrar nuestra libertad, ofrecerle un horizonte que la dilate hasta el infinito: “Permanezcan en mí como yo en ustedes... Les digo esto para que mi alegría esté en ustedes y que la de ustedes sea completa” (Jn 15,4.11). Si es cierto que Dios tiene un deseo para cada uno, ese deseo es ante todo el de vernos producir fruto: “No me eligieron ustedes, soy yo quien los elegí y los he destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca” (Jn 15,16). No se puede subrayar mejor a la vez la anterioridad del deseo de Dios y su anhelo profundo: vernos asumir plenamente nuestra libertad. Así como “amor trae amor”, la libertad despierta libertad: la de Dios despierta la del hombre.

Por eso, a fin de apreciar la calidad espiritual de mi respuesta a Dios, he de releerla desde el punto de vista de mi propia libertad. ¿Es esa respuesta el fruto de mi libertad profunda? ¿Es la expresión de una vida que realmente se asume a sí misma? Reconoceré que mi decisión es una sola cosa con la voluntad de Dios si puedo decir que me hace más libre; es decir, si introduce en mi vida coherencia y sentido; si unifica mi pasado al abrirle un porvenir. Tocamos aquí una de las más hondas características de toda decisión espiritual. Unificará lo que, en mi vida pasada, no era más que puntos sucesivos. Va a tejer en mi memoria lazos que yo no había percibido aún. Va a introducir una continuidad nueva en la discontinuidad aparente de mis gracias y de mis debilidades. Y, al mismo tiempo, me abre un porvenir; el pasado recién unificado hace que aparezcan posibilidades nuevas. Lo que ayer parecía imposible o insensato, ahora se vuelve natural. Cuando, al volver de Jerusalén, Ignacio de Loyola toma la decisión de estudiar, esa elección unifica todo un pasado de gracias en torno a una moción espiritual reconocida como fundamental: el deseo de “ayudar a las almas”. Abre al mismo tiempo un porvenir que Ignacio no percibe todavía pero que se insertará en la lógica de esa elección: la fundación de la Compañía de Jesús. El podrá decir con verdad que esa fundación es enteramente la obra de Dios cuyo amor se le adelantó y lo guió en todas las etapas de su vida. Podemos decir nosotros que es la obra de Ignacio, de su generosidad, de su fidelidad, de su lucidez: lleva la marca de su libertad. ¿Corresponde en este caso hablar de voluntad de Dios? Percibimos que reintroducir la alternativa en estos términos oculta la verdad de fondo, la de un encuentro, de una comunión entre dos libertades que convergieron en una obra común.

Entonces, ¿estamos sujetos a una voluntad particular de Dios?

Hemos de discernir en nuestra vida los llamados de Dios; sería insensato decir que no los hay. Dios nunca deja de crearnos por su palabra; no existimos sino en esa palabra que nos llama hoy a vivir. A nosotros incumbe reconocer las palabras múltiples que traducen para nosotros esa palabra creadora, tal como un niño se vuelve atento a las palabras que lo llaman a salir de sí mismo. A menudo, el momento en que nos hagamos sensibles a los llamados que Dios nos dirige será cuando intentemos releer nuestra vida bajo su mirada, cuando hagamos memoria de su amor y su

fidelidad hacia nosotros. Más que una voluntad precisa que tomara forma de regla de vida, esos llamados nos dirán el deseo de Dios, lo que El espera en ambos sentidos de la palabra: vernos inventar poco a poco nuestra respuesta. Hay muchas moradas en la casa del Padre, Dios espera que en ella edifiquemos la nuestra; y está con nosotros, trabajando.

(Tradujo Guido Jonquière, s.j.)